

Dejó por un momento su habitacion subterránea, y volviendo luego, empezó la historia de su vida en los términos en que se leerá en el capítulo siguiente.




---

## CAPITULO XI.

Dígole á vm. que es tan grande  
Su poder, que una palabra,  
Una insinuacion, un gesto,  
Tan solamente le bastan  
Para convertir las piedras  
En tejos de oro ó de plata.

*Cuentos de Cantorbery.*

— APRENDÍ siendo jóven el oficio de herrador, dijo Wayland, y le conocia tan bien como cualquiera de los otros que visten un mandil de cuero, y tienen la cara y las manos tiznadas. Pero me cansé de cantar adobando herraduras, y fuí á correr el mundo. Conocí por casualidad á un célebre juglar, que viendo que sus dedos estaban torpes para los juegos de manos, deseaba tener un aprendiz que le ayudase. Le serví seis años, y me hice diestro en este nuevo estado: vm. puede atestiguarlo, pues tiene voto en la materia. ¿Hacia yo bien mi papel?

— Perfectamente, dijo Tresilian; pero no seas pesado.

— Poco despues de haber admirado con



mi habilidad á los tertulianos de sir Hugo Robsart en presencia de vm. , me hice comediante, y representé algunos papeles en diferentes dramas que pudiera citar. Pero como estaban aquel año las manzanas muy baratas, los espectadores llenaban las faltriqueras de ellas al entrar al teatro, y solo comian alguna que otra, apedreando con todas las demas á los pobres cómicos que se presentaban en las tablas. No me gustáron esas chanzas, renuncié á la media parte que tenia en la compañía, dejé las manzanas para los otros actores, el zueco y el coturno al director, y volví la espalda al teatro.

— ¿Y que oficio aprendiste despues? preguntó Tresilian.

— Me hice medio asociado, medio criado de un hombre que tenia mucha ciencia y pocas pesetas, y ejercia la medicina.

— Es decir, repuso Tresilian, que eras el payaso de un charlatan.

— Un poquito mas, señor de Tresilian, permitame vm. que se lo diga. Sin embargo hablando en plata, no dejábamos de obrar muchas veces á ciegas, caiga el que caiga; y lo que habia aprendido yo en mis primeros estudios para curar las bestias, me sirvió mas de una vez para curar las personas. Al cabo

de la cuenta, el origen de todas las enfermedades suele ser el mismo; y si la trementina, la brea, la pez, el sebo, mezclandolos con la goma, la resina y una cabeza de ajos, pueden curar un caballo enclavado, yo no sé por que la misma receta no podrá servir para un hombre que ha recibido una cuchillada. Pero mi amo poseia mas ciencias que yo: tenia otros conocimientos. No solamente practicaba la medicina con sumo atrevimiento y riesgo del pobre que caia en sus manos, sino que era, si vm. quiere, un adepto. Leia en los astros, le predecia á vm. lo que le habia de suceder en tal ó tal tiempo, por medio de la genetiaca, como él decia, ó de otra suerte. Era tambien gran químico, sabia destilar los simples, habia hecho muchas tentativas para fijar el mercurio, y casi casi estaba ya en visperas de encontrar la piedra filosofal. Tengo todavía unos versos que él conservaba sobre este asunto; y si llega vm. á entenderlos, le declaro mas sabio que cuantos los han leído, y que el mismo que los compuso.

— Al mismo tiempo entregó á Tresilian una hoja de pergamino en cuyas márgenes estaban los signos del zodiaco, y habia escritos caracteres griegos, hebreos y talismánicos. En medio del pergamino habia cuatro versos de muy buena letra, y á pesar de la oscuridad



de la estancia, Tresilian los leyó fácilmente: He aquí esta obra maestra de poesía:

*Si fixum solvas, faciasque volare solutum,  
Et volucrum figas, facient te vivere tutum;  
Si pariat ventum, valet auri pondere centum,  
Ventus ubi vult spirat. — Capiat qui capere potest.*

— Lo que yo saco en limpio, dijo Tresilian, es que la última línea no es verso, y que las cuatro palabras últimas vienen á decir: *comprendame el que pueda.*

— Esa cabalmente era la regla que seguia mi venerado maestro el doctor Doboobie. Pero al fin, juguete de su propia imaginacion é infatuado con su química, gastó en engañarse á sí mismo el dinero que habia ganado engañando á los demas. No he podido saber nunca si habia descubierto por casualidad ó hecho construir este laboratorio, á donde venia con frecuencia á encerrarse, léjos de sus enfermos y discípulos. Creiase que sus largas y misteriosas ausencias de Faringdon, en donde habitaba ordinariamente, tenian por objeto los estudios en las ciencias místicas y su comercio con el mundo invisible. Procuró engañarme tambien á mí; quise hacer el papel del tonto, pero vió que conocia yo muy bien sus secretos para que mi compañía le fuese agradable por largo tiempo. Entre-

tanto su nombre se hizo célebre, y casi todos los que venian á consultarle le tenian por brujo. La fama que tenia de hallarse iniciado en las ciencias ocultas llevó á él en secreto sugetos harto poderosos para ser nombrados, y peligrosísimos proyectistas para que pueda yo descubrirlos. El resultado fué que le maldijeron y le amenazaron; y yo, inocente platicante de sus estudios, adquirí el renombre de Muleta del diablo, y me apedreaban, como á San Esteban, cuando me atrevia á asomarme á alguno de los pueblos comarcanos. Al fin el doctor brujo tomó soleta, diciendome que iba á trabajar en su laboratorio, y prohibiendome ir á perturbarle en cuarenta y ocho horas. Pasado este intervalo, vine aquí, encontré apagado el fuego, los utensilios de química esparramados, con una esquila del docto Doboobie, segun él se nombraba, diciendome que no volveríamos á vernos, legandome el laboratorio químico y el pergamino que he manifestado á vm., y aconsejandome que siguiese exactamente las instrucciones que contenia, por ser medio infalible de conseguir la grande obra.

— ¿Has seguido tan sabio consejo? preguntó Tresilian.

— No, señor. Prudente por naturaleza, y receloso porque conocia á mi hombre, todo



lo escudriñé antes de encender fuego, y descubrí al fin un barrillito de pólvora muy escondido en el hogar, que sin duda habia dejado allí el grandísimo pícaro con la piadosa intencion de darme muerte y sepultura en el momento en que empezase á trabajar por mi cuenta en el laboratorio. Esta morisqueta me disgustó de la alquimia, y hubiera querido volver honradamente al yunque y al martillo. Pero ¿quien habia de llevar á herrar su caballo á la Muleta del diablo? Sin embargo habia ganado la amistad del bueno de Flibbertigibbet que está presente, que se hallaba entónces en Faringdon con Erasmo Holyday, su maestro, enseñándole algunos secretos propios para divertir á los muchachos. Tuvimos los dos una larga conferencia, y decidimos que no pudiendo yo esperar tener bastante ocupacion por los medios ordinarios, ensayaria atraer los parroquianos aprovechandome de la necia credulidad de los aldeanos; y gracias á Flibbertigibbet, que me habia dado á conocer, no me han faltado hasta ahora. Pero me espongo demasiado; temo que me persigan como brujo, y deseo en el alma encontrar una ocasion de abandonar mi fragua, y obtener la proteccion de algun hombre capaz de librarme del furor de la plebe, si llega á tomarme entre ojos.

— ¿Conoces bien los caminos de este pais? le preguntó Tresilian.

— Como la palma de la mano, respondió Wayland.

— Creo que no tendrás caballo.

— Sí, señor, le tengo, aunque se me habia pasado por alto hablar á vm. de él, y es el mejor efecto que me ha quedado de la sucesion del doctor, á escepcion de dos ó tres secretos de medicina que á pesar suyo me habia apropiado.

— Pues bien, lavate las manos y la cara, arroja esa piel ridícula, vistete lo mejor que puedas, y si eres fiel y discreto, podrás venir conmigo miéntras olvidan las gentes tus antiguas mañas. Creo que no te falta ingenio ni valor, y tengo asuntos que podrán exigir un poco de todo.

Wayland aceptó muy gustoso esta proposicion, y prometió á su nuevo amo servirle con fidelidad y celo. En pocos minutos cambió de tal manera su exterior, mudando de trage, peinandose y afeitandose, que Tresilian no pudo menos de decirle que creia que no necesitaba de protector, pues ninguno de sus conocidos antiguos podria ya reconocerle.

— Mis deudores no querrian pagarme, dijo Wayland meneando la cabeza; pero mis acreedores de todas clases no dejarian



de conocerme por eso, y no me creeria seguro si no me viese protegido por un hombre del nacimiento y crédito de vm.

Dicho esto, salió de la caverna por el mismo camino por donde habian entrado; Tresilian le siguió, y Ricardo, que se quedó detras, se presentó luego con todos los aparejos de un caballo. Wayland cerró el escotillon. — ¿Quién sabe, dijo, si tendré necesidad todavia de esta caverna? Y por otra parte, hay ciertas cosas útiles y de algun valor. Silbó, y un caballo que pastaba en un prado inmediato, acudió á la señal acostumbrada. Miétras trataba de ensillarle, Tresilian montó sobre su caballo, despues de haberle apretado la cincha.

Al montar Wayland á caballo, le dijo Ricardo: — Mi antiguo compañero, te separas de mí, y no tendré ya el gusto de reirme á costa de los mentecatos que temblaban de piés á cabeza cuando los traía yo aquí á que herrasen sus caballos el diablo ó sus satélites.

— Preciso es que los mejores amigos del mundo se separen tarde ó temprano, Flibbertigibbet, respondió Wayland; pero te aseguro, hijo mio, que eres tú la única cosa que siento dejar en el valle de White-Horse.

— ¡Oh! no me despido de tí. Irás sin duda

á las grandes fiestas, y yo tambien; pues, si el señor Holyday no me lleva, te juro por la luz del sol que aun no ha alumbrado tu fragua, que me escurriré é iré yo solo.

— Miralo bien, dijo Wayland, no hagas calaveradas.

— Quieres tratarme como á un niño de esos tantos que se ven, y hacerme creer que necesito aun de andadores. Pero no se habrán vms. alejado una milla de estas piedras, cuando echarán de ver que con razon me llaman el duende, y que habré arreglado las cosas del modo mas conveniente.

— ¿Que quieres decir con eso? le preguntó Tresilian; pero solo le contestó el rapaz con un gesto y una cabriola: y exhortandolos á partir sin pérdida de tiempo, echó á correr por su lado ácia su pueblo con la misma ligereza de que habia dado pruebas cuando Tresilian quiso en vano alcanzarle.

— Cosa inútil seria seguirle, dijo Wayland, porque es de la piel del diablo; pero no es necesario tampoco, y lo mejor será seguir su consejo y partir.

Tresilian le dijo ácia donde deseaba marchar, y emprendieron el viage.

Apénas habian andado una milla cuando notó Tresilian que su caballo tenia mas ardor



que cuando le habia montado por la mañana, y asi lo dijo á su compañero.

— ¿Ya lo ha notado vm.? dijo Wayland; es el efecto de uno de mis secretos, y á eso se agrega un buen pienso de avena. En seis horas ó mas no tendrá vm. necesidad de picarle la espuela. No en balde he estudiado yo la medicina y la farmacia.

— ¿Pero le has dado alguna droga que pueda hacerle daño?

— Lo que le he dado no le hará mas daño que la leche de la yegua que le crió.

Y empezó á estenderse sobre la eficacia de su secreto, cuando fué interrumpido por una esplosion semejante á la de una mina que envia por los aires las murallas de una ciudad sitiada. Tembláron los dos caballos, y quedáron atónitos los ginetes. Volviéron atras, y viéron en el sitio que acababan de dejar una columna espesa de humo que se elevaba formando una nube.

— Es sin duda mi fragua que se la ha llevado el diablo, dijo Wayland que conoció al punto la causa de la esplosion. He sido muy tonto en hablar de las piadosas intenciones del doctor Doboobie acerca de mi casa, delante del bribonzuelo Flibbertigibbet. He debido creer que no tardaria en hacer lo que ha

hecho. Pero doblemos el paso, pues todo el mundo acudirá al ruido de la esplosion.

En diciendo esto, picó la espuela á su caballo, Tresilian hizo lo mismo, y empezáron á caminar al trote.

— Eso es sin duda lo que queria decirnos al separarse de nosotros, dijo Tresilian. No es esta una chanza, pues si hubiésemos tardado en partir, hubiéramos sido.....

— Nos hubiera advertido, dijo Wayland. Le he visto volver varias veces á ver si partíamos. Es malicioso como un diablo, pero no es un diablo de mala intencion. Largo sería referir á vm. como le he conocido, y cuales son las piezas que me tiene jugadas. Pero me ha sido muy útil, porque me ha procurado parroquianos. Era su gran entretenimiento y gusto verlos temblar de miedo detras del matorral, miéntras oian el ruido del martillo. Creo que la naturaleza, al poner en su cabeza fea una cantidad mayor de sesos, le ha dado el don de burlarse y reirse á costa de los tontos que se ríen y burlan de su mala facha.

— Muy bien puede ser eso, dijo Tresilian. Los que en cierto modo se encuentran separados de la sociedad por sus defectos corporales, si no aborrecen al resto de los hombres, se hallan por lo menos mas dispuestos



á reirse de sus ridiculeces, y algunas veces aun á alegrarse de sus infortunios.

— Pero Flibbertigibbet, respondió Wayland, tiene calidades que deben hacer perdonar su malignidad. Si le gusta burlarse de las personas estrañas, es sumamente fiel y servicial para con sus conocidos, y como se lo tengo á vm. dicho, no me faltan buenas razones para asegurarlo.

No siguió Tresilian esta conversacion, y continuáron su camino sin accidente y sin aventuras hasta Marlborough, pueblo célebre desde aquel tiempo por haber dado su nombre al mas grande general, si se exceptúa uno solo, que ha producido la Inglaterra. Allí los dos viageros palpáron ser ciertos dos antiguos proverbios, el uno, que *las malas noticias vuelan*, y el otro, que *el que escucha su mal oye*.

El patio de la posada donde se apeáron se hallaba en desórden y confusion. Con trabajo pudieron encontrar quien cuidase de sus caballos, porque estaban todos comunicandose una noticia que volaba de boca en boca. No pudieron comprender al principio á que se reducía, y halláron despues que se trataba de un asunto que les interesaba.

— Allá voy, señores, allá voy, respondió al fin un mozo á los repetidos gritos de Tre-

silian. Estoy por cierto fuera de mí : acaba de pasar un viagero que dice que el diablo se ha llevado esta mañana al herrador Wayland, que vivia en no sé que sitio del valle de White-Horse, con un ruido espantoso, y en un inmenso remolino de fuego y humo, y que ha destruido la colina en que se veía un círculo de piedras, bajo la cual parece se hallaba la habitacion del tal Wayland.

— Lo siento mucho, dijo un viejo, porque el tal Wayland, fuese ó no socio del diablo, en lo que no me meto, tenía recetas excelentes para curar las bestias. Perderémos mucho, si el diablo no le ha dado tiempo de dejar á algun otro el secreto que poseia.

— Bien puede vm. decirlo, Gaffer Grimmesby, dijo el mozo de cuadra. Yo le he llevado un caballo, y no habia en todo el pais un herrador tan hábil.

— ¿ Le has visto, Jack? le preguntó Alison Cigüeña, la posadera : tenían sobre la puerta pintada una cigüeña, ave que parecia habia servido á la naturaleza de modelo para formar el cuello y las piernas del posadero Goodman Cigüeña, cuyo aire de sumision y respeto al lado de su muger anunciaba que su querida mitad era la que llevaba, como dicen, los calzones. Atrevióse sin embargo en esta oca-



sion á repetir la pregunta de su esposa. —  
¿Has visto al diablo, Jack?

— ¿Y que tenemos con eso? respondió;  
porque el ejemplo de su ama no incitaba á  
los criados á respetar mucho al amo.

— Si le hubieses visto, respondió el calzo-  
nazos del posadero, pudieras decirnos si es  
buen mozo, ó tan feo como le pintan con  
cuernos y con rabo.

— Ya lo sabrás algun dia demasiado, res-  
pondió su tierna esposa, si no cambias de  
vida, cuidando de tus asuntos, sin meterte  
en lo que no te va ni te viene. Pero veamos,  
Jack, yo tambien deseo saber como era ese  
Wayland.

— Eso es lo que yo no sabré decir á vm.,  
mistress Alison, respondió Jack con mas res-  
peto, porque no le he visto nunca.

— Pues si no le has visto, dijo Gaffer  
Grimesby, ¿como has podido decirle cual era  
la enfermedad del caballo?

— La habia puesto por escrito el maestro  
de escuela, respondió Jack, y me acompañó  
un muchacho el mas feo que he visto en mi  
vida.

— ¿Que remedio te dió? ¿sanó el caballo?  
le preguntáron todos.

— No sé cual era el remedio que dejó sobre  
una gran piedra. Sin embargo me atreví á

probar un poquito, y le encontré un gusto y  
un olor como de cuerno de ciervo y sabina  
mezclados con vinagre; pero jamas droga se-  
mejante ha curado á una bestia con tal faci-  
lidad y prontitud. Sí, sí, estoy bien seguro  
de que nos costará ahora mucho mas trabajo  
curar los caballos.

El amor propio, que se apodera de todas  
las clases y condiciones, tuvo en aquel mo-  
mento bastante influencia en Wayland para  
hacerle olvidar el peligro que corria en ser  
conocido de aquellas gentes, y no pudo menos  
de echar una mirada con disimulo á Tresilian,  
sonriyendose con misterio, y queriendo de-  
cirle: — Ya lo oye vm., estas son pruebas  
incontestables de mi ciencia veterinaria. Con-  
tinuaba al mismo tiempo la conversacion.

— No importa, dijo un grave personage  
vestido de negro, que estaba con Gaffer Gri-  
mesby; vale mas que nuestros caballos muer-  
ran del mal que Dios les envíe, que darles por  
médico ó albeitar el diablo.

— Es asi, dijo mistress Alison, y estraño  
que Jack haya querido esponer su alma por  
un caballo de mala muerte.

— Muy bien, señora, respondió Jack, pero  
ese caballo de mala muerte era de mi amo, y  
si hubiese sido de vm., ¿hubiera vm. querido  
que dejase de llevarle al albeitar por temor



del diablo? Y ademas esos son asuntos de los curas. Cada puta hile, como dice el adagio. Atenganse los curas al evangelio, como los mozos de caballos á limpiarlos, pensarlos y darles de beber.

— Dice muy bien Jack, repuso la Alison, y habla como buen cristiano y fiel criado que emplea su alma y su cuerpo en servicio de su amo. El diablo ademas le ha llevado á buen tiempo, pues un constable del distrito ha venido aquí esta mañana en busca del viejo Pinniewink, que ha sentenciado tantas brujas, para ir los dos al valle de White-Horse á poner preso á Wayland, y para averiguar si es brujo ó no es brujo. Yo misma le he ayudado á aguzar las tenazas y el punzon, y he visto la orden de arresto firmada por Blindas el juez.

— ¡ Bah! ¡ bah! dijo una vieja llamada Crank, lavandera y católica: el diablo se burlaria de Blindas y su orden, de Pinniewink y sus tenazas, y el mismo caso haria Wayland del punzon, que el cuello de una camisa hace de una plancha. Pero diganme vms., señores, ¿podia el diablo llevarse asi los albeitares y otros artesanos, cuando el abad de Abingdon era el señor del pais? No, ¡ vírgen santísima! porque le ahuyentaba con sus conjuros. ¡ Que hagan otro tanto los ministros protestantes!

Estas pullas contra la iglesia reformada introdujéron el tumulto en la discusion, y Tresilian se aprovechó de este momento para entrar en la casa con Wayland. Siguióles Goodman, los llevó á un cuarto, y los dejó para dar orden de que se les sirviese lo que habian pedido.

— Ya vé vm., señor, dijo entónces Wayland con un aire de importancia y de triunfo, vm. vé que no le he engañado diciendole que estaba iniciado en todos los misterios del oficio de albeitar, que los Franceses llaman mariscal, nombre por cierto demasiado ilustre para los zapateros de las bestias. Esos mozos de cuadra saben á que atenerse en esta materia, y el caso que deben hacer de los medicamentos. Vm. es buen testigo, señor Tresilian, de que solo la calumnia y la violencia me han hecho renunciar á mi oficio.

— Todo lo que quieras, amigo mio; pero volverémos á hablar de esto en mejor ocasion, á no ser que quieras conservar tu nombradia dejandote atenacear por el docto Pinniewink, pues ya ves que aun tus mejores amigos te juzgan brujo y hechicero.

— Dios les perdone el confundir asi la ciencia con la magia. Me parece que un hombre puede ser tan hábil ó mas que el mejor veterinario que haya tomado el pulso á un



caballo, sin ser brujo, ni mágico, ni nada de eso.

— Asi lo creo yo tambien; pero calla, que aquí llega el posadero que no tiene trazas de serlo.

Estaban todos en la posada tan distraídos con el rapto de Wayland, y los comentarios mas ó menos maravillosos que llegaban á cada momento de todas partes, que Goodman solo habia podido lograr le acompañase á servir el mas jóven de los mozos, niño de doce años, llamado Sanson.

— Quisiera mas bien, dijo escusandose de haber hecho aguardar á los huéspedes, y poniendo una botella de vino sobre la mesa, que se hubiera llevado el diablo á mi muger y á los mozos, ántes que á ese Wayland, que en resumidas cuentas no merecia tanto como ellos la preferencia que le ha acordado Satanás.

— Asi me lo parece, dijo Wayland, señor huésped. Bebamos juntos un trago con tan plausible motivo.

— No quiere esto decir que escuse yo á nadie de tener dares y tomares con el diablo, dijo Goodman despues de haber bebido un pisolavis; pero.... ¿Han bebido vms. en su vida mejor vino de Canarias? mas valiera tener que lidiar con una docena de bribonzuelos

como el tal Wayland, que con un diablo en carne mortal con quien tropieza vm. á cada paso en todas partes, en la mesa y en la cama. Quisiera....

Fué interrumpido por la voz chillona de su querida mitad, que le llamaba desde la cocina; y escusandose con sus huéspedes, corrió al momento á buscarla.

Apénas hubo salido, cuando Wayland manifestó con todos los adjetivos de desprecio que el vocabulario de su lengua pudo suministrarle, lo que pensaba de semejante gurrumino que se dejaba acoquinar por su muger; y dijo que si los caballos no necesitasen descansar, seria de opinion de caminar algunas millas mas, por no dar su dinero á un hombre que era la deshonra de su sexo.

Entretanto la llegada de un buen plato de pié de buey escelente sosegó un poco el mal humor del artista veterinario, y se desvaneció del todo delante de un capon soberbio, bien asado y envuelto en tocino, que hacia en él, segun Wayland, el mismo efecto que el rocío del mes de Mayo sobre los lirios. Goodman y Alison eran ya á sus ojos buena gente, laboriosos, agasajadores, y merecian tener muchos parroquianos.

Segun las costumbres de aquel tiempo, el amo y el criado se sentáron á la mesa, pero



el último vió con pesar que Tresilian comía muy poco. Se acordó de que se había enternecido al oír hablar de la señorita en cuya tertulia le había visto la vez primera, y temiendo volver á tocar una llaga al parecer tan sensible, prefirió atribuir á otra causa su falta de apetito.

— Estos manjares no son quizá bastante delicados para el paladar de vm., le dijo sirviéndose el otro alon del capon, no habiendo comido Tresilian sino uno; pero si hubiera vm. estado tanto tiempo como yo en el subterráneo que Flibbertigibbet ha puesto de manifiesto, y en el que no me atrevia acaso á cocer mis alimentos, temiendo que el humo me descubriese, hallaria vm. que un capon es un bocado esquisito.

— Me alegro mucho, dijo Tresilian, de que la comida sea de tu gusto, y así despachate; este sitio no es de los mas seguros para tí, y mis asuntos exigen alguna celeridad.

Así es que solo se detuviéron el tiempo necesario para el descanso de sus caballos, y caminaron haciendo una marcha forzada hasta Bradford en donde pasaron la noche.

Saliéron de allí el dia siguiente al amanecer; pero, para no dar al lector un mal rato fastidiandole con pormenores inútiles, nos limitaremos á decirle que atravesaron los

condados de Wilt y de Sommerset, sin que les sucediese cosa digna de contarse; y el tercer dia despues de la salida de Tresilian de Cumnor, llegaron ántes del mediodia al castillo de sir Hugo Robsart, llamado Lidcote-Hall, en las fronteras del Devonshire.

